

EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO DESDE LA REALIDAD SOCIO-HISTÓRICA (Transcripción de la conferencia impartida en el Seminario sobre Problemas de la Historia, Neuquen, República Argentina. Abril 2001)

Hugo Zemelman

Construcción categorial de los procesos

Plantearé una serie de problemas que están vinculados con la construcción del conocimiento socio-histórico, salvando la cuestión de la visión disciplinaria puesto que la propia reflexión implica, básicamente, un quiebre disciplinario. No es fácil porque los problemas son muchos y su complejidad deriva no tanto de la dificultad inherente a los contenidos como del manejo de conceptos no socializados en los procesos formativos, incluidos los programas de posgrado. De partida podemos señalar dos cuestiones: el “quiebre disciplinario” y la “falta de socialización” de los conceptos.

El “quiebre disciplinario” apunta a una acepción acerca de la complejidad de la realidad. Sea que se socialice respecto al pasado, al presente o al futuro, la realidad está obligándonos a relativizar los límites disciplinarios; lo que significa ser capaz de entender que entre las disciplinas hay muchas realidades que no se agotan en cada una de ellas por separado. Afirmación compleja porque supone cuestionar temas, tanto metodológicos como teóricos, que se pueden traducir como la necesidad de transformar la forma de construir los problemas que son objeto de conocimiento.

Pero decir construcción, a la luz de la crisis de la disciplinariedad, es romper no adjetiva ni retóricamente, sino desde la lógica misma de esta construcción con los límites disciplinarios, lo que es una gran dificultad a pesar de que la cuestión interdisciplinaria o transdisciplinaria es parte de una larga discusión de 30 o 40 años, no habiendo en la actualidad casi ningún programa de Posgrado que no se defina como interdisciplinario. No obstante, cuando se analiza, siendo posible que no haya programa de posgrado que no insista en que es un programa interdisciplinario, la práctica investigativa se sigue viendo y pensando “duramente” en la disciplina.

Esto tiene varias explicaciones, una de ellas es que se trata de problemas metodológicos no resueltos, aunque también se presentan problemas de otro orden que caben en lo que podríamos llamar “explicaciones sociológicas”, en el sentido que la ciencia no es algo abstracto sino que hace parte de las comunidades de científicos con pautas de comportamiento propias y toda una parafernalia que

determina muchas de las inercias del quehacer científico. Este “efecto kuhniano”^{*} es significativo, pero no lo analizaremos en esta oportunidad para concentrarnos en los aspectos metodológicos propios de la construcción del problema.

2. Además del problema de los límites disciplinarios, considerado en la lógica de la construcción del problema, debemos considerar la no socialización de ciertos conceptos, que quizás sea el problema principal. Lo que se quiere significar es la emergencia de conceptos no socializados y relacionados con una crisis del método científico que lo obliga a desdeñarse, a romper con ciertos parámetros con los que va asociado. Por ejemplo, los conceptos de “rigor”, de “claridad”, de “cientificidad” incluso, para comenzar a trabajar con categorías que no están incorporadas necesariamente en lo que genéricamente podríamos llamar “lógicas científicas de investigación”.

Este más que antiguo es un problema permanente. Porque si se lo analiza a la luz de la delimitación de Popper por ejemplo, sobre lo que es y no es ciencia, a partir de textos que ya tienen muchos años, se trata de un concepto que se desplaza históricamente y por tanto no se trata de algo formal y resuelto de una vez y para siempre. La ciencia va ganando terreno supuestamente, y en la perspectiva en que nos colocamos implica un cambio, una transformación de los conceptos. Por lo tanto, si hay una transformación en los conceptos de científicidad para construir ciencia, también cambian los cánones metodológicos y en lo que se entiende por rigor científico, por verdad, por todo aquello que han discutido tanto los filósofos.

Lo anterior cubre toda una gama de problemas, desde los más abstractos a los más operativos. Queda clara la emergencia de una serie de desafíos conceptuales que provienen de la historia de la sociedad, o, de manera más particular, de las propias ciencias humanas, aunque también de las “ciencias duras,” en una suerte de convergencia de problemas emergentes que nos están obligando a repensar muchas cuestiones.

Por ejemplo, la presencia cada vez mayor en las ciencias de conceptos como lo indeterminado. La indeterminación es un reto actual en la construcción del conocimiento científico, porque señala un límite real a una serie de paradigmas orientados a dar distintas soluciones a cuestiones como las de la regularidad de las leyes, al de las causas, discusión que heredamos del siglo XX. Y sobre las cuales hay diversas respuestas que obligan a distinguir los planos conceptuales cuya

^{*} Manifiesto en el texto clásico de Thomas S. Kuhn. *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: University of Chicago, 1970, v.e. *La estructura de las revoluciones científicas*, México: FCE, 1971 [N.E.].

socialización domina nuestra manera de pensar y construir conocimiento científico. Veamos la distinción entre los conceptos de estructura y proceso.

Si revisamos la literatura al uso, incluso nuestro propio modo de operar, estamos fuertemente centrados en la lógica de la “estructura” vinculada con relaciones de explicación o de causa, teniendo serias dificultades para pensar desde las exigencias de los procesos. Situación que se complejiza si pensamos que se trata de procesos que comienzan a asomar sin la garantía de su génesis histórica. En este punto cabe ser extremadamente cautelosos porque no se pueden realizar afirmaciones ontológicas; no obstante es un problema claro sobre el que tendríamos que saber reaccionar entendiendo que los procesos no siempre están regidos por leyes.

Lo anterior afecta a muchas cuestiones, como es la relación del pasado con el presente y del presente con el futuro; es decir, no existen garantías de que se trate de un transcurrir del pasado al futuro y sometido a legaliformidades. En forma de tener que pensar de modo mucho más influido por discontinuidades, incertidumbres, indeterminaciones, casualidades, (como ya se habló en el siglo XIX) sobre la historia. La apariencia del problema se torna en un problema complejo en la práctica investigativa, por lo que frente a cuestiones de esta naturaleza es importante despojarse de parámetros que nos han dado tranquilidad de espíritu respecto a la construcción de la ciencia.

Algunas de las situaciones ejemplares, en la construcción de las ciencias humanas, se refieren al concepto de evolución y, por decirlo en términos más valóricos, al de progreso. Antes del quiebre producido en las últimas dos décadas del siglo XX, casi toda la ciencia social (incluida la historia), en América Latina, se construyó sobre el presupuesto de que la sociedad evolucionaba, que la sociedad humana estaba regida por leyes de desarrollo progresivo, que la conducían hacia lo mejor. Esta certeza es la que se derrumba a finales del siglo pasado. No se llega a postular que no haya desarrollo, pero sí la falta de certeza sobre la dirección del mismo; lo que tiene consecuencias en la construcción del conocimiento, en la medida que se trata de una construcción a partir de premisas valóricas. La sociología o economía del desarrollo cuyas premisas expresaban la ley del progreso histórico, llegaron a conclusiones defendidas científicamente pero sobre las que ahora no tenemos ninguna seguridad.

Si retrocedemos en los siglos, hasta la época de Descartes, advertimos un punto de bifurcación, eliminado por el propio Descartes y sus seguidores, en el marco de la gran revolución metodológica del siglo XVII, como fue la disyuntiva entre los caminos de la verdad y lo incierto. Por contar con el instrumental básico

de las matemáticas de la época, y sus lenguajes correspondientes, era casi obvio que se descartara el de lo incierto y se optara por la verdad, la evidencia y la certeza que rige a las ciencias de entonces a la actual. Las ciencias humanas heredarán el optimismo cartesiano, que el siglo XIX fue el Positivismo. Caminos que comienzan a desmoronarse con la física cuántica, y con las teorizaciones que florecen a partir de la revolución de la física como la teoría de los fractales. Estamos obligados a retroceder y reconocer puntos de encrucijada que nos inclinan a considerar seriamente el camino antes negado, anticipado por los presocráticos (véase el discurso de Parménides), como es el de la oscuridad en tanto ausencia de garantía de verdades. La crítica popperiana a la prueba, en los años '30, contribuye a derrumbar la certeza de la verdad como expresión de un orden de leyes. Problemática que se diluye en la práctica investigativa, con presidencia que algún discurso lo niegue, pues en ese plano seguimos siendo herederos del positivismo del siglo XIX, continuamos siendo aristotélicos al buscar correspondencia, corroboraciones, seguridad, en suma, certezas.

Todo ello ha alimentado una hermenéutica del dato, así como el desarrollo de una revolución técnica en las ciencias humanas, especialmente a partir de la Segunda Guerra mundial, en lo que concierne a las técnicas cuantitativas y cualitativas. A través de estas técnicas se ha buscado confiar en el dato, confirmar que los conceptos utilizados son correctos, porque se sujetaban a una correspondencia con una denotación externa dando lugar a un conocimiento verdadero.

El gran problema es tomar conciencia de esta situación y resolverla, en la medida que supone trabajar enfoques intelectuales que no son necesariamente más complejos por su contenido sino por su falta de socialización. Particularmente relevante en América Latina, porque influyó en varias generaciones, es el del marxismo. Se olvidó que ese paradigma de la racionalidad se construye sobre la base, no de estructuras, sino de procesos, por lo que su aplicación metodológica en el ámbito disciplinario fue incongruente.

Aunque se hablaba de procesos, se los transformaba en estructuras y se continuaba pensando en términos de leyes causales. No es suficiente tener claridad conceptual sobre un gran discurso acerca de la ciencia, o de la racionalidad científica, ni basta resolver los problemas a nivel metadiscursivo, si no se acompaña de la capacidad para resolverlo metodológicamente en el ámbito de la construcción del conocimiento especialmente del objeto de estudio.

Hecho y acontecimiento

¿Por qué nos preocupamos por estos temas? Podrían haber opciones menos complejas más allá de cierta crisis o agotamiento del paradigma explicativo cartesiano, al que se ha respondido ajustando durante decenios los conceptos de “causa”, “relación” o “determinación”, los cuales se han ido complejizando. Podría ser que el problema real, aparezca si lo confrontamos con algo externo a este discurso, como es la complejidad de la misma realidad. Actualmente estamos enfrentados a fenómenos y contextos emergentes sin una clara relación de continuidad. ¿Cómo podríamos conceptualizar la complejidad propia del conocimiento socio-histórico?

Primera situación de complejidad. Retrocediendo en la historia y pensando desde Braudel, en su distinción sobre los diferentes tiempos, tenemos que surge la complejidad en la necesidad de manejarse simultáneamente con muchos tiempos. Debemos entender de manera más profunda a los tiempos cortos, ya que en ellos se condensan los desafíos de la complejidad de los tiempos de larga duración. Un historiador o economista, podrían tener por delante la necesidad de analizar una situación acotada metodológicamente en un tiempo corto; pero sin perder de vista que forma parte de un tiempo largo y/o mediano, de modo que no se limite en términos de entenderlo sólo en un tiempo corto en sí mismo. Problema presente en las ciencias humanas, es la confusión entre hecho y acontecimiento. La relación entre tiempos en un mismo recorte empírico lleva efectivamente a distinguir entre hecho y acontecimiento si buscamos hacer análisis, trascendiendo de lo puramente morfológico a la (de) manera de adentrarse en la realidad que subyace a la observación.

Por “hecho” entendemos una situación empírica observable que se agota en sí misma en un tiempo único, mientras que un “acontecimiento” sería un hecho empírico que no se agota en una sola temporalidad, cuyo análisis, por tanto, es distinto y asume una forma compleja al relacionarlo con lo señalado acerca de la inexistencia de una ley que asegure la evolución de ese hecho como acontecimiento.

Segunda situación de complejidad. Otro problema que nos hereda el siglo XX, desde un siglo antes, en el marco de la complejización de la presencia de leyes, es el de entender la realidad socio-histórica como una construcción de los sujetos. No se trata de que la legaliformidad garantiza casi ontológicamente un proceso en una dirección determinada, sino de realidades que obligan a colocar el papel de los sujetos en el centro de la discusión. Hablamos de sujetos capaces de construir realidades en una relación entre individuo y colectivo, que se asocia con el

acontecimiento, es decir, con la distinción entre contextos anecdóticos que se agotan en el individuo, y los que son acontecimientos porque se vinculan con colectivos sociales. Distinción que debe aparecer en la discusión historiográfica para no confundirla con el periodismo. Un pensador como Dilthey se movió en una fuerte tensión, no siempre advertida con suficiente claridad, entre fenómenos sociales sometidos a “lógicas objetivas”, como cosas ajenas, externas, al sujeto, y en tanto construcciones de los sujetos, pero que conforman una articulación con múltiples direcciones.

Tercera situación de complejidad. La complejidad desafía a que la realidad de cualquier fenómeno (económico, social o cultural), analizada tanto en pasado, presente o futuro, no es posible desde una lógica de acotamiento que aisle estas dimensiones. La complejidad del fenómeno obliga a pensar su acotamiento empírico como parte de una relación más inclusiva sin eliminar de antemano su condición de acontecimiento. Resolver congruentemente el problema de las delimitaciones empíricas de los fenómenos, desde esta exigencia de complejidad, supone romper con esta disociación que lo fragmenta, pero que no está resuelto según los cánones metodológicos actuales. Se trata de situaciones de complejidad miradas desde un punto de vista metodológico, no teórico.

Cuarta situación de complejidad. Lo que importa estudiar no es toda la realidad, sino ciertas realidades. En este sentido se plantea la exigencia de entender la realidad socio-histórica como una construcción con independencia de sostener la convicción en el funcionamiento de leyes, o en recortes de tiempo del tipo braudeliano, en los cuales las realidades que interesan no se ven claramente. Construcción a partir de prácticas humanas que se despliegan en distintos tiempos y espacios en los que tiene lugar esa construcción.

A este respecto, se presentan varios tópicos en los que se puedan reconocer los puntos de incidencia de las prácticas humanas, que plantean repensar las relaciones entre disciplinas para delimitar áreas de realidad en que necesariamente convergen compartimentos estancos, según la naturaleza de las prácticas. Esta es una complejidad que no se puede resolver desde un discurso meramente retórico, o desde un metadiscurso que plantee soluciones definitivas.

Estamos enfrentados a la necesidad de entender que la construcción del conocimiento, desde las cuatro situaciones de complejidad planteadas, obliga a recuperar una noción de método como postura racional, en vez de limitarlo a un conjunto de técnicas centradas en los datos. Ello significa situarse en un momento anterior al dato que definimos como la relación con las circunstancias. Relación de conocimiento que, al ser anterior al dato, permite el recorte de realidades sin

identificarlos con contenidos determinados, los que, a su vez, se corresponden con determinados referentes empíricos.

Un ejemplo de lo que decimos es el concepto de capitalismo. Analizado desde la relación de conocimiento, y no desde una teoría que representa, como tal, una respuesta de contenido a esta relación de conocimiento, supone un recorte inclusivo que puede incorporar distintas modalidades de capitalismo, con diferentes contenidos y referentes empíricos, dependiendo del contexto en que se utilice la categoría “capitalismo”. Es la relación de conocimiento no identificada con los atributos de un fenómeno, pero que incluye posibilidades de múltiples atributos.

Un autor como Kula ilustra lo que decimos: Estudia a la Iglesia en Polonia en tanto fenómeno con distintos contenidos que varían según el momento histórico en que son analizados, ya que su conceptualización es función de sus posibilidades de contenidos y no de contenidos predeterminados. En efecto, para poner otro ejemplo, se puede llegar a una comunidad campesina con el propósito de estudiar las relaciones de trabajo que pueden llegar a tener muchos contenidos, en tanto son analizados en distintas situaciones históricas.

Las relaciones de trabajo pueden suponer relaciones salariales de explotación constituyendo un determinado contenido teórico; pero si las asumo dependiendo de otras circunstancias podrían asumir formas solidarias de trabajo. La categoría relaciones de trabajo incluye ambos contenidos, dependiendo del momento histórico que asuma uno u otro, o ambos contenidos. La diferencia está en el uso del contenido, si es o no en un sentido de apertura metodológica para descubrirlo en las situaciones concretas en que se está estudiando, en vez de reducirlo a contenidos predeterminados conceptualmente.

La exigencia de historicidad

La discusión en torno de la complejidad se puede centrar en dos problemas: en el del momento y el propio del movimiento del momento. Dos exigencias epistémico-metodológicas que no tienen un contenido particular, pero que cumplen la función de coordenadas para la construcción de la relación de conocimiento como un primer recorte de observación de la realidad.

La reflexión de ambas cuestiones, desde una disciplina como la historia, reconoce dos obstáculos metodológicos: el problema del manejo del tiempo, como la simultaneidad de tiempos, lo que no está resuelto en las ciencias sociales; y la historia de los acontecimientos desde la perspectiva de la reconstrucción de

tendencias. Ambas aportaciones historiográficas llevan a delimitar al concepto de coyuntura que incorpora, no solo muchos tiempos en un mismo momento, sino el movimiento del momento y por tanto la multidireccionalidad del movimiento desde ese momento particular.

Análisis de coyuntura, que acuñado a comienzos del siglo XX por el análisis politológico, se ha enriquecido con los aportes historiográficos. Consiste en un recorte de realidad que permita captar tanto el movimiento interno como el movimiento longitudinal del fenómeno; esto es, el corto y largo tiempo presentes en términos de las distintas dimensiones que puede asumir un fenómeno.

La ausencia de la exigencia de la coyuntura conforma un modo de construir teorías que pueden resultar falsas. En América Latina se pueden encontrar ejemplos de lo que decimos: el análisis de los militares y el de los movimientos sociales, así como el análisis de la democracia. El análisis de la democracia actual está fuertemente asociado al análisis de los sujetos, lo que lleva a problematizar la sociedad civil; pero que es desconocida a pesar de la enorme cantidad de discursos que se plantean en ese ámbito. Norbert Lechner, por ejemplo, ha distinguido diferentes acepciones de “sociedad civil,” no siendo posible construir un corpus desde esa vaguedad conceptual, invalidando que mucho del conocimiento socio-histórico se pueda utilizar.

La coyuntura, empero, plantea otro problema que se puede enunciar como la recuperación de la historia desde prácticas que no se piensan históricamente. Al respecto, textos de Hobsbawm y Romero son notables por cuanto sirven para forjar una visión digna del pensar histórico. La historia obliga a otras disciplinas como la sociología, antropología, economía, a trabajar el tiempo desde el tránsito del parámetro a la propiedad, a analizar el tiempo y el espacio desde su condición interna al fenómeno; exigencia de historicidad que no está presente en muchos estudios historiográficos, lo que obliga a construir la abstracción de una determinada manera.

Primer comentario: pensamiento abstracto y concepto. Pensar en la construcción de una relación de conocimiento supone una abstracción categorial, de manera que su utilización correcta, en el marco de determinados hábeas, pueda tener distintos contenidos. La teoría en cambio supone una relación de conocimiento que desde abstracciones categoriales, como por ejemplo el concepto “capitalismo”, recorta el fenómeno en una demarcación empírica, morfológica, observable. Recorte del problema que determina la riqueza o pobreza del análisis y, en consecuencia, el sentido de la teorización.

La teorización es un cierre (“cargas de significaciones”) de lo complejo que jerarquiza lo que en un primer recorte del fenómeno resulta caótico. De ahí que el uso de la teoría sea importante de dos maneras: según el proceso de investigación, con el riesgo de imponer un cierre al fenómeno ya que podría tener otros, independientemente de la riqueza de los conceptos teóricos utilizados; o, en el marco de la relación de conocimiento que cumple una función de delimitación de lo observable, ya sea en el pasado o el presente.

Con lo que no se trata de una relativización del concepto sino de historizarlo, en forma de alejarse de los usos dogmáticos para evitar aplicarlo en cualquier circunstancia. Por ejemplo, al no haberse historizado el concepto de la democracia en Chile, se habla de una democracia que no se sabe en qué consiste, si es la misma de antes o después del golpe militar, o la que se plantean los militares. Quizá morfológicamente pueda describirse de la misma manera la “democracia”: elecciones, gobiernos civiles elegidos cada cierto tiempo, existencia de un parlamento, de un sistema electoral y otros atributos, pero que pueden no garantizar el significado pertinente para el momento del que estamos hablando.

Hace 20 años no tenía la misma significación hablar de clases, partidos o representación; no obstante, se puede cargar a un universo de significados teóricos el cual ya no son pertinentes. En Chile, se ha llegado a afirmar que las demandas del pueblo son las mismas que las de la Revolución Francesa, lo que expresa una ausencia de historización que facilita que los conceptos se transformen en valores, por tanto, en vez de discursos teóricos, se construyen interpretaciones ideológicas.

Otra forma de abordar la historización del concepto refiere a la lógica de construcción de la relación de conocimiento. Los conceptos pueden cumplir una función cognitiva o gnoseológica, en la medida que pueden ser parte de discursos denotativos o connotativos, estar vinculados al conocimiento analítico, o bien a dimensiones del sujeto, sea la emocionalidad o a dimensiones volitivas. En el discurso de Nietzsche, por ejemplo, hay proposiciones conceptuales no solo analíticas, por lo que se lo calificó de “folletinesco”, porque salta los muros de la razón pura pretendiendo incorporar en su distinción entre lo apolíneo lo dionisiaco, la distinción griega entre entendimiento analítico y erótico; donde el concepto del entendimiento erótico relacionado con lo sensitivo, evocativo, intuitivo, pudiera no agotarse en las lógicas asociadas al entendimiento analítico. Son dimensiones del sujeto rescatadas en la investigación que no se resuelven por silogismos o razonamientos simplemente teóricos, sino por “otras lógicas” que incorporan al sujeto investigador en la investigación. Es algo que está presente en el artista, en el escritor, que no se logra exclusivamente con el entendimiento analítico y que no tiene porqué estar ausente en la construcción de ciencia.

Segundo comentario: el compromiso en la ciencia social latinoamericana. Cualquier intento de transformar y dar cuenta de la práctica humana obliga a cuestionar los límites disciplinarios. La misma práctica es un todo indivisible de distintas dimensiones, que obliga a redefinir el concepto de límite disciplinario. La exaltación de las especialidades puede suponer que el intelectual no se compromete con nada, en la medida que se refugia en los datos y en las técnicas especializadas.

En la actualidad puede haber mucho conocimiento especializado, altamente segmentado, pero carente de un compromiso personal porque apunta más bien a la reproducción de algún proyecto de economía o de sociedad. El análisis de historia de las ideas, desde esta perspectiva, supone la relación entre el respeto disciplinar y el compromiso con lo que se construye, ya que el sentido de construir conocimiento, además de la elaboración de conceptos supone el rescate del sujeto que lo construye. Actualmente uno de los problemas de la academia es que está cada vez menos interesada en comprometerse con proyectos de largo plazo; por el contrario, más bien con proyectos que financian su actividad, transformando a los investigadores en técnicos cuya función es resolver problemas particulares, aunque perdiendo la capacidad de plantearlos.

Tercer comentario: el rescate del sujeto de conocimiento. La relación entre sujeto y lenguaje, en el ámbito de la ciencia, permite constatar la ausencia del sujeto. El lenguaje es una estructura discursiva centrada específicamente en el objeto, en el predicado. Se observa incluso una tendencia a la linealidad hasta en el ámbito literario, como un riesgo que supone, sintomáticamente, una pérdida de la capacidad de ficcionar, transformando la novela en crónica.

Lo anterior tiene que ver con la naturaleza de los enunciados. Enfrentamos al lenguaje como indicador de una situación, según el cual el hombre se enriquece o no de su propia historia. Así, un mayor tiempo transcurrido ¿expresa un incremento en la riqueza del sujeto? Nos referimos a que, en información, se trata de la postura que se asume frente a la historia, considerando a la memoria no como un archivo sino como una síntesis que refiere a cómo está el pasado en el presente de manera de iluminar el futuro. Más de 2 mil años antes de Cristo, los egipcios formularon la idea de que es bueno hablarle al futuro porque escucha. La historia actual no lo está haciendo, porque el sujeto la vive, no como experiencia, sino como información.

El sentido de esta discusión se encuentra en si estamos potenciando las diferentes facultades para construir conocimiento, o solamente las de tipo lógico-

formal, como la del entendimiento analítico; pero también si esas facultades pasan -y cómo- por el entendimiento, como recordaba Mondolfo, en relación a los presocráticos cuando consideraba que su revolución epistémica había sido volitiva y no solamente lógica. Con lo que aludía a una disposición para colocarse ante las circunstancias, en ese caso respecto de las cosmogonías heredadas, tal como hoy día podríamos preguntarnos lo mismo respecto a la “globalización.”

En verdad, entre el pensamiento y ese conjunto de circunstancias que llamamos “globalización”, se da un espacio en el que cabe reaccionar, buscar respuestas, cuestionando el reto mismo que supone: cómo puedo transformar la historia en experiencia y adueñarme de ella no solo cognitivamente, en el sentido de quien señalaba que “hay que pintar con hambre”.

El rescate del sujeto en la construcción del conocimiento supone trascender cualquier especialización, porque su sentido, aún empíricamente, es el de colocarse en el momento del propio sujeto. Uno de los obstáculos que se presentan es el empobrecimiento del lenguaje; en consecuencia, se plantea la necesidad de recuperar el lenguaje en una acepción general, como señalaba Humboldt, en tanto es la forma que tiene el hombre para enlazarse con su mundo, más allá de lo denotativo.

Sin embargo, el imperio de los especialistas puede estar contribuyendo a pensar que los grandes desafíos en la construcción del conocimiento son propios de los filósofos de las ciencias y no de quienes construyen concretamente; el conocimiento lo que implica evadir tener que asumir el rescate del sujeto. Podríamos preguntarnos dónde está el sujeto de la conferencia de cualquier académico, si acaso éste queda fuera de los discursos, en cuyo caso el discurso será casi siempre funcional al poder por efecto de la inercia del orden dominante.

Lo anterior concierne a una cuestión de enunciados que lleva a romper con parámetros asociados con este orden y su inercia. En América Latina éstos los encontramos en la crítica de los estudios sobre la poscolonialidad. En los que aparece el sujeto sacrificado por otro que siempre lo subyuga y que es el del poder. Cabe mencionar los trabajos que buscan incorporar a un sujeto que nunca se ha expresado en el discurso de la historiografía oficial. Hay que estar atentos a la transformación del discurso historiográfico cuando deja de ser el propio de una disciplina para convertirse en un discurso de realidad, pues, en ese caso, la desaparición del sujeto representa la eliminación de toda alternativa discursiva, olvidando que así como hay muchos pasados también hay muchos futuros.

Es necesario entender la historia como un proceso en que se forma la autoconciencia individual, la cual es parte de un contexto histórico-cultural, de manera que tenga lugar la apropiación de la historia como experiencia conformadora de la subjetividad personal. Por ejemplo, en relación con un texto de enseñanza en México, elaborado por maestros de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), donde se explica a niños la guerra de Juárez con Maximiliano, en vez de aseveraciones excluyentes y dilemáticas se enfrenta a los niños con alternativas en forma de problematizar las razones que se tuvieron para fusilar a Maximiliano. El Ministerio de Educación prohibió el texto porque no consideraba posible que los niños dudaran de la certeza de Juárez. O bien cuando en un plan sobre didácticas y **conciencia histórica** se censura para reemplazarlo por una didáctica de la historia pero sin **conciencia histórica**.

Cuarto comentario: la relación entre experiencias sociales y la reflexión epistémico metodológica. La pregunta es: ¿De dónde se aprende?, ¿de los éxitos?, ¿de los fracasos?. ¿Qué significa que la experiencia histórica se pueda transformar en pensamiento? Se procura entender a los individuos y colectivos sociales, no solamente como determinaciones históricas, sino desde sus ejercicios de reactuación en distintas direcciones. En este sentido, si pensamos en Chile ¿Cual es la función que cumple en la reflexión el fracaso de la Unidad Popular en Chile?

Sabemos lo descriptivo, la anécdota de muerte de Allende, y situaciones que dan lugar a interpretaciones ideológicas que duran hasta hoy; pero lo que importa es lo que permanece soterrado, para poder interpretar la historia como experiencia que configura una multiplicidad de subjetividades, (ideas, utopías y voluntades). La reflexión epistémico-metodológica la de tener su origen en las experiencias fundamentales, como han sido los proyectos de sociedad, ya que se orienta a develar lo que está oculto en los grandes hechos históricos, aquello que hace a sus procesos internos de constitución.

En la medida que estas realidades quedan fuera de la mirada, nos enfrentamos con las incomprensiones de las Ciencias en América Latina, como lo puede demostrar que inventaron sujetos sociales, clases o movimientos al hoy, prescindiendo de las particularidades contextuales. Con lo que no resuelven el problema de la historia colocándose en callejones sin salida. Ello porque al no resolver la exigencia de la historicidad no incorporan a los sujetos a los discursos. Los procesos históricos tienen ritmos específicos, temporalidades en su despliegue, por lo que cuando los fenómenos sociales no son abordados desde la perspectiva de sus dinamismos constitutivos pierden historicidad, es decir, a los sujetos que los construyen.

En este marco es importante incorporar la dimensión de análisis que se refiere a las prácticas de los sujetos, a su capacidad para forjar proyectos y hacerlos viables, o, en otras palabras, a como son capaces de ejercer el poder que detentan. Paradójicamente, así como es abundante la literatura sobre cómo conquistar el poder, la que se refiere a cómo ejercerlo es escasa. Discusión ésta que apunta a profundizar en las dinámicas que tienen lugar con los espacios de la cotidianidad, con el plano micrológico, no con las grandes escalas en que los historiadores colocarán más tarde a los héroes de mármol o de bronce. Ello marca una deficiencia profunda de muchas teorías, como por ejemplo las teorías acerca de la dominación y del Estado.

En una palabra, se busca articular las dimensiones económicas con las culturales, los macrodinamismos con los microdinamismos, tal como nos lo enseñó el siglo XIX pero que olvidamos en el XX al endurecer el discurso en los límites de estructuras. El paradigma de Marx enseñó que el factor económico no siempre era el más importante, ya que no se podía entender la realidad en función de una jerarquía rígida de factores; de ahí la exigencia de especificidad histórica. Habría que recordar, a manera de ejemplo, la experiencia de Guevara en Bolivia, país en el que la referencia campesina no “funcionó”, entre otras razones, porque al presidente del momento (R. Barrientos) se le identificaba con un proceso distributivo de tierra a los campesinos.

En esta línea de discusión no podemos dejar de mencionar que, en general, el pensamiento conservador en América Latina ha sido más cuidadoso de respetar la historia que el revolucionario, este último que por sus excesos se ha orientado, muchas veces, a inventar la sociedad y a los sujetos. Pero el drama reside en que un discurso que pretenda romper con la hegemonía dominante, requiere ser historizado, no obstante atendido a deshistorizarse perdiendo a sus sujetos.

Cuestiones todas que deben traducirse en planteamientos metodológicos para resolver en la construcción del conocimiento; el cual es como un camino por el Sahara, en el conocimiento no se construye como entretenimiento, ni por simples preocupaciones teóricas.